

HOMILÍA DE MONS. ANDRÉS MORELLO.

(DOMINGO DE RESURRECCIÓN 2020)

Llegamos, por la gracia de Dios, a este Domingo de Pascua después de una Semana Santa atípica, rara en lo que toca a lo exterior. Todos los países se encuentran delante de una enfermedad que no es hija de la naturaleza sino de la alquimia, haciendo daño por accidente o por maldad, un daño indiscriminado sobre todo sobre los físicamente más débiles.

Las Naciones toman sus medidas, justas o nó, oportunas o nó, por amor a sus pueblos o por lo que sea.

La iglesia nueva de la misa nueva suspendió el culto, ceremonias, misas y sacramentos.

No hay mal que por bien no venga, dejar de hacer el mal es un bien, no hacer un gran mal es un gran bien, y es un gran mal esa misa nueva que sembró el caos en las almas, y, por eso es grandioso que no la celebren al menos por un tiempo.

Pero a los ojos de las pobres almas confundidas, la iglesia cerró sus puertas, no tienen dónde buscar a Dios, no tienen dónde ir a postrarse delante de las imágenes sagradas para pedir ayuda y perdón; los sacerdotes desaparecieron y en muchos países no asisten ni a los moribundos.

A los ojos de los que no saben, el catolicismo se cubrió de sombras como la vieja Catedral incendiada.

Es lógico que en donde no hay Fe no haya confianza, si con la nueva religión de Vaticano II le arrebataron a Dios el atributo de la unicidad, que es único y que no hay otro y que los otros dioses no son tales; si le arrebataron la omnipotencia al único Creador y Señor entonces sólo les queda llorar lo que no supieron defender.

En medio de esta situación tan rara en la cual no se vislumbran con claridad ni las causas, ni los motivos, ni las intenciones, nosotros celebramos.

Claro está que no celebramos el dolor ajeno ni el desamparo de los que pierden a los suyos y que en eso son víctimas.

Celebramos a Dios Creador, a Dios Infinito, a Dios Redentor y, lógicamente a Dios Remunerador de buenos y de malos porque los hombres somos su obra y por eso le

debemos una especial fidelidad al destino que nos dio, un respeto eminente a la naturaleza con que Dios nos revistió y al buen uso de nuestro cuerpo y de nuestra alma.

Dios no ha hecho más que darnos bienes desde el primer acto de la creación hasta el día de hoy. La creación inmensa que nos rodea, la belleza natural del universo y de la tierra, nuestra naturaleza inteligente, nuestra capacidad de entender y de amar, una capacidad que de alguna manera nos hace independientes de la materia y que puede hacernos independientes de lo mezquino y de lo egoísta.

Sobre esa creación, sobre el universo, sobre nuestra naturaleza y sobre nuestras capacidades Dios nos hizo el bien supremo de ser seres de eternidad, hombres hechos para el Cielo, para la Gracia, para vivir de su vida divina desde aquí en la tierra, para poder un día verlo y amarlo en la eternidad y estar unidos a Él más que el ojo y la luz que le permite ver todas las cosas. Por eso dice San Pablo, “allí podré conocer como soy conocido” (I Cor. 13,12) conocer y ver a Dios como Él nos conoce y nos ve.

Ante todo ese bien, ante todo ese océano de bienes que Dios no deja de dar ¿Qué hicimos los hombres?

Si la creación, la naturaleza y la gracia no alcanzaban, el Verbo de Dios, Dios Hijo Infinito de Dios Padre Infinito, se hizo hombre para salvarnos. Y pudiendo salvarnos con un acto de voluntad, pudiendo salvarnos con una sonrisa complaciente murió, en cambio, como Rey de todos los mártires, la muerte más espantosa que puede imaginarse. Una muerte rodeada de los sufrimientos espantosos de toda su Pasión, todos juntos, en pocas horas, rodeado de humillaciones, de desprecios y de tradiciones de sus Pontífices, de su pueblo, de sus beneficiados por milagros y curaciones, de sus mismos discípulos.

Si de parte de Dios toda la historia es un gigantesco acto de amor inacabado y continuo, de parte del hombre es un Gólgota, un Litóstrotos y un Getsemaní de ingratitudes y de traiciones.

Es el lamento justísimo de Jesucristo en los Improperios del Viernes Santo ante la conducta de los hombres:

-Pueblo mío ¿Qué te hice o en qué te contristé?

-¿Qué más debí hacer por ti y que no lo hice?

-Yo te planté viña preciosísima y fuistes amarga para mí.

-Por ti flagelé a Egipto y a sus primogénitos y tú me entregastes flagelado.

-Te saqué de Egipto hundido Faraón en el Mar Rojo y tú me entregastes a los príncipes de los sacerdotes.

- Ante ti abrí el mar y tú abristes con la lanza mi costado.
- Te precedí en la columna de la nube y tú me llevastes al Pretorio de Pilato.
- Te alimenté con el Maná en el desierto y tú me golpeastes con bofetadas y flagelos.
- Te dí a beber el agua saludable de la piedra y tú me distes a beber hiel y vinagre.
- Por ti golpee a los reyes de los cananeos Y tú golpeastes con la caña mi cabeza.
- Te di el cetro real y tú distes a mi cabeza la corona de espinas.
- Te exalté con gran poder y tú me colgastes en el patíbulo de la Cruz.

La queja del Redentor fue para aquél pueblo que fue imagen de la Santa Iglesia que vendría pero que prefirió el deicidio, pero fue queja para todos los hombres por sus pecados.

El amor de Dios sigue amándonos y los hombres siguen dando espinas y flagelos a cambio de amores.

Volvamos a lo primero. Hoy nosotros celebramos a nuestro Héroe supremo, al fiel de los fieles que sigue amándonos siempre, que parece que nos amara más que antes, que todo en Él dice amor, sus brazos abiertos, su cabeza inclinada, su pecho traspasado y su voz bendita repitiendo “Venid Todos a Mí”.

El mundo y los hombres siguen siendo expertos en traiciones e ingratitudes aún en medio de pestes, enfermedades y guerras.

La Pascua es triunfo de nuestro Rey y Señor, es queja amarguísima de quien lo dio todo y a quien no le dimos nada, es un llamado ardiente a la conversión para que los hombres, perdidos entre lo que quieren, amen de una vez por todas al único que merece todo nuestro amor.

María Santísima nos conceda esta gracia a todos los hombres y a todos nosotros.

Ave María Purísima.

Domingo de Resurrección, año del Señor 2020.

† Mons. Andrés Morello.